

caros, hijos míos... y por eso me he alegrado más de veros. El azabache negro viene de Inglaterra y el azabache blanco viene de Noruega. En el papel que veis ahí, está todo esto, ya lo leeréis. Para los brazaletes inventé substituir los cabos simplemente enlazados, á los cabos soldados. Es más bonito, mejor y más barato. Ya comprendéis cuánto dinero puede ganarse. Así, el caudal de Cosette es suyo, legítimamente suyo. Os refiero estos detalles para que tranquilicéis vuestro espíritu.

La portera había subido, y estaba mirando por la puerta entornada.

El médico la despidió, pero no pudo evitar que aquella buena mujer, llena de celo, gritase al moribundo:

—¿Queréis un sacerdote?

Ya tengo uno—respondió Juan Valjean.

Y con el dedo pareció designar un punto sobre su cabeza, donde se hubiera dicho que veía á alguien.

Es probable que el obispo asistía, en efecto, á aquella agonía.

Cosette, con mucha suavidad, le colocó una almohada debajo de las caderas.

Juan Valjean prosiguió:

—Señor de Pontmercy, no temáis, yo os lo ruego. Los seiscientos mil francos son positivamente de Cosette. Si no disfrutaseis vosotros de ellos, resultaría perdido todo el trabajo de mi vida. Habíamos conseguido fabricar muy bien esa clase de abalorios, y rivalizábamos con lo que se llama bisutería de Berlín. No así con los abalorios negros de Alemania, por ejemplo, que no podíamos igualar en precio; una gruesa que contiene mil doscientas cuentas, muy bien talladas, no cuesta más que tres francos.

Cuando se muere un ser que nos es querido, le miramos con una mirada que se aferra á él como para retenerle. Los dos, mudos de angustia, no sabiendo qué decir á la muerte, desesperados y temblorosos, estaban en pie delante de él; Cosette estrechaba la mano de Mario.

Juan Valjean iba declinando por instantes. Se le veía bajar y acercarse al sombrío horizonte.

Su respiración era ya intermitente y entrecortada por algún estertor.

Le costaba trabajo cambiar la posición del antebrazo, sus pies habían perdido todo movimiento, y al propio tiempo que crecía la decadencia de los miembros y la postración del cuerpo, brillaba toda la majestad del alma, desplegándose sobre su frente.

La luz del mundo desconocido, era ya visible en sus pupilas.

Su rostro palidecía, pero continuaba sonriendo. No había ya allí la vida, había otra cosa.

El aliento decrecía, la mirada se sublimaba. Era como un cadáver en el que se percibiesen alas.

Hizo seña á Cosette de que se acercara, y luego á Mario. Era evidentemente el último minuto de su hora postrera. Empezó á hablarles con una voz tan débil que parecía venir de lo lejos, pudiendo ya casi decirse que desde aquel momento se interponía un muro entre él y ellos.

—Acércate, acercaos los dos. Os amo mucho. ¡Oh! ¡Qué placer es morir así! Tú también me amas igualmente, Cosette. Ya sabía yo que te quedaba siempre algún cariño para este buen viejo. ¡Cuánto te agradezco esta almohada que

me has puesto! Me llorarás un poco, hija mía, ¿verdad? Que no sea mucho. No quiero que tengas verdaderos pesares. Será preciso que os divirtáis mucho, hijos míos. Se me olvidaba deciros que las hebillas sin clavillos dejaban mayor beneficio que todo lo demás. La gruesa, las doce docenas, salía á unos diez francos, y se vendía en sesenta. Era verdaderamente un buen negocio. No debéis, pues, extrañaros de los seiscientos mil francos, señor de Pontmercy. Es un dinero honrado. Podéis ser ricos tranquilamente.

“Será preciso tener carruaje propio, palco de cuando en cuando en los teatros, lindos trajes de baile, ¡Cosette mía! y luego dar buenos convites á los amigos, ser muy felices.

“Ahora le estaba escribiendo á Cosette; ya encontrará mi carta. Le lego los dos candeleros que están sobre la chimenea. Son de plata; mas para mí son de oro, son de diamantes; convierten en cirios las velas que en ellos se ponen. No sé si el que me los dió está satisfecho de mí allá en lo alto. He hecho cuanto he podido.

“Hijos míos, no olvidéis que soy un pobre, y os encargo que me hagáis enterrar en el primer rincón de tierra que se os ofrezca para ello, bajo una piedra para indicar el sitio. Tal es mi voluntad. Nada de nombre grabado en la piedra. Si Cosette quiere ir allí alguna vez, me hará favor. Y vos también, señor de Pontmercy. Debo confesaros que no siempre os he tenido afecto; pidoos perdón por ello. Ahora ella y vos, ya no sois más que uno para mí.

“Os estoy muy agradecido; conozco que hacéis feliz á mi Cosette. ¡Ay! Si supierais, señor de Pontmercy: sus hermosas mejillas de rosa eran mi alegría; cuando la veía algo pálida, ya estaba yo triste.

“Hay en la cómoda un billete de quinientos francos. No he querido tocarle. Es para los pobres.

“Cosette, ¿ves tu traje de niña allí sobre la cama? ¿Lo reconoces? Y sin embargo, hace ya más de diez años de eso. ¡Cómo pasa el tiempo! Hemos sido muy dichosos. Ya se acabó. Hijos míos, no lloréis, que no me voy tan lejos; yo os veré desde allí; no tendréis que hacer otra cosa que mirar, cuando sea de noche, y me veréis sonreír.

“Cosette, ¿te acuerdas de Montfermeil? Estabas en el bosque, y tenías miedo. ¿Te acuerdas cuando cogí el asa del cubo lleno de agua? Fué la primera vez que toqué tu pobre manecita. ¡Qué fría estaba! Entonces vuestras manos, señorita, estaban bien amoratadas; sin embargo, hoy están bien blancas.

“¿Y la muñeca? ¿Te acuerdas? La llamabas Catalina y sentías no haberla llevado al convento. ¡Qué de veces me hiciste reír, ángel mío! Cuando había llovido, embarcabas en el arroyo pajitas de trigo y mirabas cómo se alejaban.

“Un día te dí una raqueta de mimbre y un volante con plumas amarillas, azules y verdes. Tú ya lo habrás olvidado. Eras tan traviesa como pequeñuela. No hacías más que jugar. Te colgabas las cerezas en las orejas.

“Todo ello son cosas ya pasadas. Los bosques por donde uno ha andado con su niña, los árboles bajo los cuales se ha paseado, los conventos donde uno se ha ocultado, las inocentes risas de la infancia, no pasa ya todo ello de sombra. Llegué á imaginarme que todo eso me pertenecía, y ahí estuvo mi error.

“Los Thénardier han sido muy malos; pero es menester perdonarlos.

“Cosette, ha llegado el momento de decirte el nombre de tu madre. Se llamaba Fantina. Recuerda este nombre: Fantina. Arrodíllate cada vez que lo pronuncies. Ella sufrió mucho, y te quiso muchísimo. Su desgracia fué tanta como tu dicha. Dios lo ha querido así. El desde lo alto nos ve á todos, y sabe lo que hace en medio de sus grandes estrellas.

“Me voy, pues, hijos míos. Amaos siempre mucho. No hay casi otra cosa que esto en el mundo: amarse. ¿Pensaréis alguna vez en el pobre viejo que ha muerto aquí?

“¡Oh Cosette mía! No tengo la culpa de no haber ido á verte en estos últimos tiempos; bastante se me desgarraba el corazón. Iba, sin embargo, hasta la esquina de la calle, y por cierto que debía causarles un efecto muy raro á las gentes que me veían pasar como un loco, y á veces hasta sin sombrero. Hijos míos, empiezo á no ver claro; aun tenía que deciros muchas cosas, pero es igual. Pensad un poco en mí. Sois seres benditos. No sé lo que siento; veo como una luz. Acercaos más. Muero feliz. Dadme vuestras cabezas muy amadas, que pueda poner mis manos encima”.

Cosette y Mario, casi desvanecidos, ahogados por el llanto, cayeron de rodillas cada cual bajo una de las manos de Juan Valjean. Aquellas manos augustas no se movían ya.

El estaba recostado hacia atrás; la luz de los dos candeleros le alumbraba.

Su pálido semblante miraba al cielo; dejando que Cosette y Mario cubrieran sus manos de besos.

Había muerto.

La noche estaba sin estrellas, y oscura por completo. Sin duda, entre la sombra, algún ángel inmenso estaba de pie, desplegadas las alas, esperando el alma.

SVI

La yerba guarda y la lluvia borra.

Existe en el cementerio del Padre Lachaise, á los alrededores de la fosa común, lejos del barrio elegante de aquella ciudad de los sepuleros, lejos de todas aquellas tumbas de fantasía, que ostentan, en presencia de la eternidad, las repugnantes modas de la muerte, en un ángulo desierto, á lo largo de una antigua tapia, bajo un gran tejo por cuyo tronco trepan mil enredaderas, entre la grama y el musgo, una piedra. Dicha piedra no está menos exenta que las otras de las lepras del tiempo, del moho, de los líquenes, del fiemo de los pájaros. El agua la verdea, y el aire la ennegrece. No está próxima á ningún sendero, y no agrada ir por aquel lado, porque la yerba es alta y los pies se mojan fácilmente.

Cuando hay un poco de sol, acuden los lagartos. En su derredor se agitan estremecidos los tallos de egilope. Durante la primavera, cantan las curruacas en el árbol.

Aquella piedra es completamente lisa. No se pensó al cortarla, sino en la

necesidad de cubrir la sepultura, es decir, que fuese bastante larga y bastante estrecha para encerrar un hombre.

No se lee en ella nombre alguno.

Solamente, hace ya de ello muchos años, una mano escribió allí, con lápiz, estos cuatro versos, que se han ido volviendo poco á poco ilegibles con la lluvia y el polvo, y probablemente están hoy ya borrados:

Descansa. Aunque la suerte se empeñaba en dejarle,
Vivió. Y murió tan sólo cuando perdió su ángel.
Ello fué de manera tan propia y tan sencilla,
Como viene la noche cuando se aleja el día.

FIN DE LA OBRA.



FRANCISCO ANTONIO FERRER
DEPARTAMENTO DE METEOROLOGÍA



FRANCIS

[Illegible white label text]